

Nuestras *Banlieues*: entender Can Vies

Salvador Aguilar¹

Empiezan a proliferar entre nosotros (en Sants, en Gornal) conflictos de nuevo tipo difíciles de digerir para las instituciones del *establishment*, político, económico, mediático, incluso académico (los confunden con la kale borroka). Son conflictos que se enmarcan en un contexto político-cultural más amplio (europeo, y más allá), muy diversos entre sí, pero que, de un lado, se influyen unos a otros y, de otro, acaban generando una cultura protestataria de época. Los episodios actuales vuelven a poner sobre la mesa un elemento de “la democracia” habitualmente fuera de foco: los de abajo tienen derecho a plantarse (el contradiscurso oficial de remitir el enfado a las próximas elecciones carece hoy de toda credibilidad).

Esa interactividad entre conflictos permite simplificar la imagen de un episodio por referencia a otros. El que ha estallado en Barcelona tiene algo de “Seattle” (1999), que alumbró al movimiento altermundista y su mezcla de militantes okupas, repertorios de acción colectiva de inspiración anarquista y apropiación desde abajo del espacio urbano, todo ello al margen de los partidos de la izquierda institucional que desaparecen del cálculo de los y las activistas. Si prescindimos de su componente de conflicto étnico, recuerda también intermitentemente a “Londres” (2011) y “París” (las *banlieues* de 2005) por el paroxismo de la violencia y el hecho de subrayar la ausencia, en los fundamentos de las respectivas sociedades, de estructuras sólidas de cohesión colectiva, auténtico caldo de cultivo de las revueltas urbanas en las sociedades neoliberales. Y el estallido de Barcelona en Can Vies obviamente tiene que ver con el 15-M, que engendró esa cultura joven de marcar un punto y raya con el pasado (la política de la transición); y además, como en Gornal, incorporar ese elemento de firme inaceptación de la desfachatez por parte de las

¹ Profesor titular de Estructura y Cambio Social, miembro del Observatorio del Conflicto Social (Universitat de Barcelona)

oligarquías políticas y económicas dominantes que se vio ya en Tahrir y más recientemente en el Parque Gezi turco.

Los dos conflictos españoles de 2014, nuestras *banlieues*, son luchas por el acceso al espacio urbano (“el derecho a la ciudad” de David Harvey) a la vez que confluyen en apuntar hacia la protesta popular que se avecina. Los treinta años de hegemonía neoliberal y siete de crisis económica manipulada sugieren que los sujetos de tanto sufrimiento, y en especial su núcleo representado por el precariado joven, saben muy bien dónde viven y tratan de organizarse en consecuencia. Proceden directamente de la ruptura del contrato social madurada durante esos treinta años. Un contrato social *explícito* (en España, entre otros, la Constitución de 1978), pero sobre todo *implícito*: los “límites de la obediencia y la desobediencia” que tan bien explicó Barrington Moore, ese proceso de tanteo y prueba, en permanente renegociación, entre la mayoría social y las fuerzas elitistas que dominan las instituciones. Su drástico desequilibrio reciente abre la fortísima crisis social que vivimos y engendra los nuevos “movimientos antisistémicos”, en la terminología de Wallerstein; y con mayor claridad desde la entrada de la crisis, estamos inmersos en el tira y afloja de las luchas sociales para identificar con cuánto es capaz de conformarse la gente ante la presión de las élites (locales y transnacionales).

El relato preferido de éstas ante las explosiones sociales espontáneas (Gamonal) y movimientos urbanos de largo recorrido (Can Vies) es el de que “la violencia” (quieren decir el desorden barriobajero, agresivo, dispuesto a romper lo que haga falta) es inaceptable. Además de ingenuo y simple, esto no es ningún argumento, una reacción típica de todas las autoridades pilladas por los “momentos de locura” que mencionó Aristide Zolberg (llámense Sarkozy o Trías, alcalde de Barcelona, que ha reaccionado ante los sucesos de Sants componiendo una figura patética -que permite además entrever porqué ha llegado el conflicto tan lejos- al producirse en una ciudad que durante siglos ha dado muestras de contar con una potente sociedad civil de base popular y una compleja cultura del conflicto). Desde el mundo académico la respuesta de síntesis, de sentido contrario, la dio uno de los más destacados estudiosos del conflicto del pasado siglo, Charles Tilly: “la violencia colectiva es un

componente integral del proceso político occidental... Pertenece a la vida política, y los cambios que se producen en sus formas nos alertan de que algo importante le está ocurriendo al propio sistema político". Nos lo podemos aplicar.

Barcelona, junio de 2014.

Artículo de opinión no publicado en su día por un gran periódico de Madrid.